

Hochhausler, el fotógrafo que vió crecer a los niños chilenos, cumple 25 años en Chile

Del 1.º al 16 de este mes expondrá en la Sala Banco de Chile, el distinguido artista fotógrafo Ignaz Hochhausler, una colección de sus últimas fotografías. Hochhausler expondrá en esta oportunidad en compañía de su hija Inge, destacada acuarelista que presentará una veintena de paisajes de nuestro sur.

Coinciden con esta exposición las "bodas de plata" de Hochhausler. En efecto, el conocido artista vienés cumple en esta fecha veinticinco años en Chile, país en el que ha desarrollado una vasta labor que todo el mundo en Santiago conoce. Ligado a nuestro ambiente artístico por efectivos lazos, Hochhausler es una figura ya popular en todos los centros de cultura metropolitanos. Antes de venir a Chile, en su juventud, había trabajado ya en Austria, su patria, el arte fotográfico, con éxito notorio. La situación tan crítica que se produjo después de la primera guerra mundial, lo trajo a nuestra tierra, a cuyo ambiente se asimiló desde el primer momento.

—Tengo cuarenta y cinco años de fotógrafo y entré en el oficio desde los quince — nos dice cuando le visitamos. —Fuí miembro del Foto Club de Viena e hice la guerra por el Ejército austro-húngaro.

—¿Qué lo hizo decidirse a venir a Chile?

—Todo. Aquí se vive bien y existe un ambiente para cualquiera actividad cultural. Chile es mi segunda patria y en ella he desarrollado mi carrera. Ha sido para mí, más que una especialidad del oficio, un verdadero placer fotografiar a los niños chilenos.

Y es que en verdad, Hochhausler ha sido durante muchos años algo así como el fotógrafo "oficial" de los niños de Chile. Nos muestra sus archivos. Miles de fotos de niños. Hay algunos que nos hacen

reír. Pequeñuelos que hoy día son profesionales conocidos, y que aparecen en paños menores.

—Constantemente — nos dice — me toca fotografiar a los hijos de estas "guaguas". En este sentido, me siento un poco el guardador de numerosas tradiciones familiares, una especie de cancerbero de recuerdos ajenos. Sin embargo, uno se encariña generalmente con estas criaturas caprichosas, a las que es necesario captar, también, en su expresión más característica, pues no todos los niños — aunque pudiera creerse lo contrario — son iguales. En algunos, el carácter se acusa desde la primera edad.

Seguimos mirando fotografías y nos encontramos luego con caras conocidas. Se trata ahora de caballeros y señoras en plena juventud, hoy aumentados y corregidos; o de personajes desaparecidos. El archivo de Hochhausler es inagotable. El artista ganó en 1937 el Premio de Honor del Salón Fotográfico, y en 1943, un Primer Premio en la Exposición Interamericana de Washington. No hace mucho, la foto de un pequeño, una entre tantas, que sacó al niño de Leo Schanz, la mandó su poseedor a una exposición de París, sin que el fotógrafo supiera. Y sacó premio.

Cuando nos retiramos de su estudio, le solicitamos una fotografía suya.

—No tengo — nos dice — un poco extrañado de la petición.

—¿En casa del herrero...?

—Cuchillo de palo...

La verdad es que el fotógrafo Hochhausler no se ha tomado nunca una fotografía. La que se incluye entre estas líneas es una auto-foto, que se sacó a instancias nuestras, en el último momento.

Le auguramos éxito para su exposición, y nos despedimos.